

EL ALBA

El Heraldo de la Presencia de Cristo



La Revista El Alba

Junio de 2026

Índice

LO MÁS DESTACADO DEL ALBA	2
EL DÍA DEL PENTECOSTÉS.....	2
LOS ESTUDIOS BÍBLICOS INTERNACIONALES	18
DÉBORA Y BARAC	18
LA ORACIÓN DE ANA FUE RESPONDIDA.....	21
JONATÁN Y DAVID: AMIGOS FIELES.....	24
AMÓS, UN PROFETA VALIENTE.....	27
VIDA CRISTIANA Y DOCTRINA	30
LA PROMESA CONFIRMADA	30

¡Siga la lectura en su Biblia!

El día del Pentecostés

«El día del Pentecostés, todos los creyentes estaban reunidos en un mismo lugar. De repente, se oyó un ruido del cielo como el estruendo de una fuerte tormenta, y llenó la casa donde estaban sentados. Entonces, aparecieron lo que parecían llamas o lenguas de fuego y se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos los presentes fueron llenos del espíritu santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el espíritu les daba habilidad para expresarse».
Hechos 2:1-4

El mundo cristiano reconoce comúnmente tres acontecimientos destacados como la base de sus creencias religiosas: el nacimiento milagroso de Jesús por su madre María; la muerte de Jesús en la cruz del Calvario; y la resurrección de Jesús al «tercer día» a la naturaleza del espíritu divino. Hay un cuarto acontecimiento de vital importancia para el cristiano, uno que, sin embargo, no suele gozar de la misma profundidad de apreciación que se le debería otorgar. Es el Día del Pentecostés, que tuvo lugar cincuenta días después de la resurrección de Jesús. Nuestro propósito en esta reflexión es examinar el origen, los antecedentes y, lo más importante, el significado de este día especial en la historia de la fe cristiana.

La palabra «el Pentecostés» se encuentra solo tres veces en la Biblia y, al ser una palabra griega, aparece únicamente en el Nuevo Testamento. El

uso más conocido se encuentra en las palabras de nuestro texto inicial. La palabra se utiliza más adelante en Hechos 20:16: «Pablo había decidido navegar por E , porque no quería pasar tiempo en Asia; pues se apresuraba, si le era posible, a estar en Jerusalén el día del Pentecostés». El último uso de la palabra se encuentra en 1 Corintios 16:8: «Me quedaré aquí en Éfeso hasta la fiesta de Pentecostés». En estas dos últimas referencias, se da a entender que Pentecostés era más que el notable acontecimiento descrito en el capítulo 2 de Hechos sobre el derramamiento del espíritu santo. Pentecostés tuvo su origen como una de las fiestas de los judíos descritas en el Antiguo Testamento.

La fiesta del Antiguo Testamento

Lo que se conoció en los tiempos del Nuevo Testamento como el Pentecostés era una de las tres fiestas anuales de Israel. En el Antiguo Testamento, se la conocía por dos nombres: la «Fiesta de la Cosecha» y la «Fiesta de las Semanas». Leemos sobre ella por su nombre, Fiesta de la Cosecha, en Éxodo 23:14-16: «Tres veces al año me celebrarás una fiesta. Celebrarás la fiesta de los panes sin levadura: [...] Y la fiesta de la cosecha [el Pentecostés], los primeros frutos de tus labores, que has sembrado en el campo; y la fiesta de la recolección, que es al final del año, cuando hayas recogido tus labores del campo».

Otra referencia a esta fiesta se encuentra en Deuteronomio 16:9, 10, 16, donde se la denomina la Fiesta de las Semanas. «Cuenta siete semanas desde el momento en que comiences a segar el trigo en la época de la cosecha. Luego celebra la Fiesta de la Cosecha en honor al Señor tu Dios. Llévale

una ofrenda voluntaria en proporción a las bendiciones que has recibido de él. . . . Cada año, todo varón de Israel debe celebrar estas tres fiestas: la Fiesta de los Panes sin Levadura, la Fiesta de la Cosecha y la Fiesta de los Tabernáculos. En cada una de estas ocasiones e es, todos los varones deben presentarse ante el Señor tu Dios en el lugar que él elija, pero no deben presentarse ante el Señor sin un regalo para él». La Fiesta de las Semanas también se menciona en otros dos lugares: Éxodo 34:22 y Números 28:26-31.

El capítulo 23 de Levítico explica en detalle exactamente cuándo ocurría el Pentecostés, su propósito y por qué se describía con dos nombres: la Fiesta de la Cosecha y la Fiesta de las Semanas. Los versículos 5-7 dicen: «Al atardecer del día catorce del primer mes es la Pascua del Señor. Y el día quince del mismo mes es la fiesta de los panes sin levadura. . . . El primer día [el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura —el día quince del primer mes—] tendréis una santa convocación; no haréis en él ningún trabajo servil». Este primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura debía ser una «convocatoria santa», es decir, un día de reposo especial. Los días de reposo eran aquellos en los que los israelitas no realizaban ningún trabajo servil. En este caso, no se trataba del séptimo día semanal de reposo, sino de un día de reposo especial: una convocatoria santa para el Señor.

Continuando con Levítico 23:10, 11: «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando entréis en la tierra que yo os doy, y cosechéis su cosecha, traeréis al sacerdote una gavilla de los primeros frutos de vuestra cosecha; y él mecerá la gavilla delante del

Señor, para que sea aceptada por vosotros; al día siguiente del sábado la mecerá el sacerdote». Este «meneo» de la gavilla, o puñado, de los primeros frutos de la cosecha de grano de Israel, debía realizarse el decimosexto día del primer mes, el «día después» del sábado especial, que era el quince, como se señaló anteriormente.

Levítico 23:15, 16 dice: «Desde el día después del sábado —el día en que traigáis el manojito de grano para ser levantado como ofrenda especial [el decimosexto día del primer mes]— contad siete semanas completas [49 días]. Sigán contando hasta el día después del séptimo sábado, cincuenta días después. Entonces presenten una ofrenda de grano nuevo al Señor». Este quincuagésimo día era la Fiesta de las Semanas, o la Fiesta de la Cosecha. Se le llama Fiesta de las Semanas porque la fecha en que se celebraba la fiesta se determinaba contando siete semanas, más un día, desde el momento en que se ofrecía la gavilla de los primeros frutos. Además, la palabra griega Pentecostés significa «el quincuagésimo día». Dependiendo del cómputo judío de cada año calendario, la fecha de Pentecostés puede variar entre la segunda quincena de mayo y la primera quincena de junio. Según el cálculo de Levítico 23, la fecha correspondiente para Pentecostés este año fue el 23 de mayo de 2026.

Propósito de la fiesta de Israel

Esta fiesta de Israel debía ser una celebración de acción de gracias a Dios por los primeros frutos de su cosecha, de ahí su segundo nombre, Fiesta de la Cosecha. Se trataba de una cosecha especial. No era la cosecha de verduras o frutas, sino la cosecha

de grano, específicamente de trigo. Los primeros frutos de esta cosecha se dedicaban a Dios. Durante esta fiesta, se ofrecían muchas ofrendas. Había holocaustos, ofrendas de carne, libaciones, ofrendas por el pecado y ofrendas de paz, todas ellas presentadas como celebración de acción de gracias a Dios por su cosecha de trigo. Levítico 23:16-20

Una ofrenda especial de esta fiesta debía ser una «ofrenda de carne nueva», tal como se señala en el versículo 16. Esta ofrenda se describe en Levítico 23:17: «Traeréis de l e de vuestras moradas dos panes de ofrenda, de dos décimas de efa cada uno; serán de harina fina y se hornearán con levadura; son los primeros frutos para el Señor». Los israelitas debían ofrecer dos panes hechos con los primeros frutos de su cosecha de trigo. Los panes debían ser medidos ante el Señor como acción de gracias y ofrenda a él por las bendiciones de su cosecha. Cincuenta días antes también habían presentado una ofrenda ante Dios, pero era solo un puñado de los primeros frutos. Ahora habían comenzado la cosecha propiamente dicha del trigo y trajeron dos panes, hechos con lo que acababan de cosechar, para ofrecerlos al Señor. Su cosecha continuaría ahora hasta que todo el trigo fuera recogido.

Correspondencia con el Nuevo Testamento

La razón para entrar en detalles sobre la Fiesta de la Cosecha de Israel, o Fiesta de las Semanas, es que se relaciona específicamente con el Día del Pentecostés del Nuevo Testamento. En primer lugar, observamos la correspondencia en cuanto al momento de esta fiesta. Como se citó anteriormente de Levítico 23:5, el día 14 del primer mes era la

Pascua de Israel. En el Nuevo Testamento, esto corresponde a la muerte de Jesús como el Cordero pascual mayor: «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». (Juan 1:29). La muerte de Jesús ocurrió exactamente en esta misma fecha. Volviendo a Levítico 23:10, 11, dos días después, el día 16 del primer mes, se agitaba ante el Señor la gavilla, o puñado, de los primeros frutos. Esto corresponde a la resurrección de Jesús, que igualmente ocurrió dos días después de su muerte como el cordero pascual. Tal como lo había predicho, Jesús estuvo en la tumba durante parte de tres días: parte del día 14, todo el día 15 y parte del día 16 del primer mes, según el cómputo judío. Mateo 16:21; Lucas 9:22

El apóstol Pablo dijo en 1 Corintios 15:20 que Jesús era «el primer fruto de los que durmieron». Él era la gavilla, el puñado, de los primeros frutos: el primero en ser resucitado de entre los muertos a la vida eterna por el gran poder de Dios. (Colosenses 1:18). Este «meneo» simbólico de la gavilla de los primeros frutos mostraba la aceptación por parte de Dios del sacrificio redentor de Jesús, cuyo resultado fue su resurrección de entre los muertos por poder divino. Finalmente, contando siete sábados más uno, o cincuenta días, desde la resurrección de Jesús, la gavilla de los primeros frutos, llegamos al Día del Pentecostés, tal como se registra en el capítulo 2 de Hechos.

Así como la fiesta de Israel era la dedicación de los primeros frutos de su cosecha de trigo, el Día del Pentecostés abarcaba la dedicación de los primeros frutos más grandes: los frutos espirituales a Dios. La iglesia, compuesta por cristianos fieles, debía ser

incluida como parte de la clase de los primeros frutos. Jesús fue el «primero» de la clase de los primeros frutos, pero la iglesia también, como se afirma en Santiago 1:18, es una «clase de primeros frutos». Juan el Revelador habla también de los cristianos fieles como los «primeros frutos» en Revelación 14:4, donde los describe como «redimidos de entre los hombres, siendo los primeros frutos para Dios y para el Cordero». Esta dedicación de la iglesia comenzó en el Pentecostés, en la que fue simbólicamente agitada, o mostrada, ante el Padre Celestial como dedicada a él.

Al considerar el Día del Pentecostés, este fue la culminación de tres acontecimientos muy importantes y vitales en el plan de Dios. El primero fue el precio del rescate, que Jesús proporcionó cuando murió en la cruz como precio correspondiente por Adán. (1 Timoteo 2:5, 6). El segundo de estos acontecimientos destacados fue la resurrección de Jesús por el gran poder de Dios. (Efesios 1:19-21). El tercero fue el Día del Pentecostés: el día de la dedicación de la futura iglesia al Padre Celestial.

El Día del Pentecostés

Los acontecimientos que abarcaron el Día del Pentecostés son numerosos. No fue simplemente el día en que el espíritu santo descendió sobre la iglesia. Esto sucedió de hecho, y los beneficios no fueron solo para los que estaban presentes entonces, sino que se han extendido a lo largo de todo el período desde entonces, a aquellos que han hecho una dedicación aceptable de sus vidas a Dios.

Para aquellos ciento veinte seguidores de Jesús reunidos en el aposento alto que habían dedicado sus vidas a él, el Día de Pentecostés significó muchas cosas (Hechos 1:15). Significó que Dios había aceptado su consagración a él. Significó que ahora estaban justificados ante sus ojos. Significó que ahora comenzaría su vida de sacrificio, y significó que había tenido lugar la engendración del espíritu santo. Como resultado, ahora serían nuevas criaturas en Cristo Jesús. Romanos 5:1; 12:1; 1 Pedro 1:3; 2 Corintios 5:17

El Día de Pentecostés también ha tenido un gran significado para todos los verdaderos cristianos hasta el día de hoy. Significó el inicio del «alto llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:14). Pentecostés también denotó la unción, o la dedicación, de la iglesia como grupo, para ser el «sacerdocio real» de Dios (1 Pedro 2:9). Demostró que ahora se abría la oportunidad para que cada miembro potencial de ese sacerdocio recibiera lo que aquellos en el aposento alto estaban recibiendo: la aceptación de Dios de su consagración, la justificación, el comienzo de su sacrificio y la engendración del espíritu santo. Desde el Pentecostés, cada miembro potencial del sacerdocio real ha entrado en esa misma relación debido a los acontecimientos que tuvieron lugar entonces.

Incluso se podría decir que en el Pentecostés comenzó el proceso de llevar al hombre de vuelta a la armonía y al favor de Dios, comenzando por la iglesia. De hecho, el Día de Pentecostés fue la primera evidencia externa para la humanidad de la imputación por parte de Dios de los beneficios del

precio del rescate proporcionado por Jesús.
Romanos 4:16-25

El espíritu santo

Comprender el derramamiento del espíritu santo es clave para apreciar el pleno significado del Pentecostés. ¿Qué es el espíritu santo? En términos generales, el espíritu santo es el poder y la influencia invisibles de Dios. Siempre ha existido. Dios es de eternidad a eternidad, y por lo tanto su poder y su influencia —su espíritu santo— también son de eternidad a eternidad.

Sin embargo, hay un significado más profundo del espíritu santo en lo que se refiere a los cristianos dedicados. Para ellos, el espíritu santo puede definirse como la influencia y el poder santos y justos de Dios que da la chispa de vida, nutre y gobierna su nueva vida «en Cristo» (2 Corintios 5:17). La palabra «espíritu» proviene de la palabra griega *pneuma* y significa «aliento». Para simplificar la definición del espíritu santo para el cristiano, se puede comparar con lo que el aliento de vida es para el cuerpo natural. El cuerpo debe tener el aliento físico de vida. Si se le quita el aliento al cuerpo natural, muere en cuestión de minutos. Del mismo modo, sin el espíritu santo —la influencia santa y mente justa de Dios— la nueva vida del cristiano en Cristo no puede vivir, desarrollarse y crecer hasta la madurez.

El espíritu santo en el Pentecostés

El capítulo 2 de Hechos describe lo que sucedió el día del Pentecostés en relación con el don del espíritu santo. Los versículos 2-4 dicen: «De repente, vino del cielo un ruido como el de una

ráfaga de viento impetuoso, y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lo que parecían llamas o lenguas de fuego, y se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos los presentes fueron llenos del espíritu santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el espíritu les daba habilidad para expresarse».

¿Por qué Dios proporcionó una demostración tan externa del derramamiento del espíritu santo como un «ruido del cielo», un «estruendo de un fuerte vendaval», «lo que parecían llamas o lenguas de fuego» y el hablar en otras lenguas? Hubo dos razones por las que se hizo esto.

En primer lugar, fue un testimonio para los presentes. El relato dice: «Había en Jerusalén judíos, hombres piadosos, de todas las naciones bajo el cielo». Muchos judíos habían viajado a Jerusalén porque era uno de sus días festivos. Cuando el derramamiento del espíritu santo activó a los apóstoles, y estos comenzaron a hablar [o tal vez a ser entendidos] en otras lenguas, fue un testimonio para todos los que estaban allí reunidos (Hechos 2:5, 6). Muchos se asombraron y se preguntaban qué significaban estas cosas. Otros acusaron a los apóstoles de estar ebrios. Esto hizo que Pedro se levantara y hablara a la multitud. Citó al profeta Joel y a los Salmos, dando un hermoso testimonio del plan de Dios, centrado en Jesús (Hechos 2:12-40). El resultado de ese testimonio se menciona en Hechos 12:41. «Aquel mismo día se añadieron a ellos unas tres mil almas».

En segundo lugar, el derramamiento del espíritu santo en el Pentecostés fue una demostración del poder y la influencia de Dios como nunca antes se

había visto en su creación humana. Este poder reposó de manera especial sobre los apóstoles, a quienes se les concedieron diversos «dones». El apóstol Pablo identificó algunos de estos dones en 1 Corintios 12:28-30 como: «dones de sanidades, de ayuda, de gobierno, de diversidad de lenguas... de hacer milagros». Todos estos formaban parte de los dones externos del espíritu santo que fueron otorgados para ayudar a establecer la Iglesia primitiva y la autoridad de los apóstoles. Fueron una demostración tremenda del poder y la influencia de Dios sobre ellos, manifestando su autoridad en su nombre.

Mayor importancia

Por extraordinarias que fueran estas demostraciones, por emocionantes que fueran los dones, y aunque añadieron tres mil posibles miembros a sus filas en un solo día, nada de esto fue el significado más importante del Pentecostés. El significado más profundo del Pentecostés se refería a la obra principal del espíritu santo, que iba a ser interior. Esta obra no iba a ser vista por el hombre. De hecho, iba a ser la obra de desarrollar la vida de la nueva criatura de cada miembro individual del «cuerpo de Cristo». 1 Corintios 12:27

El acontecimiento más significativo asociado con el Día del Pentecostés fue el engendramiento personal de cada uno de los discípulos por el espíritu santo. En 1 Corintios 12, Pablo aborda precisamente este tema. Después de enumerar los diversos dones del espíritu en los versículos anteriores, afirma en 1 Corintios 12:31: «Aspirad a los mejores dones; y aún os mostraré un camino más excelente». El «camino más excelente» fue el tema del capítulo siguiente, 1

Corintios 13, en el que el apóstol se centró exclusivamente en la cualidad del carácter del amor. El amor es la suma de los frutos del espíritu, en los que se describe el desarrollo de la nueva vida en Cristo (Gálatas 5:22, 23). Este fue el camino más excelente, la obra más excelente del espíritu santo y el mayor significado del Pentecostés.

Las obras del espíritu santo

La obra interior del espíritu santo, que Pablo resumió como amor, se menciona en muchos pasajes del Nuevo Testamento. El capítulo 8 de Romanos contiene una discusión detallada sobre el espíritu santo, que brinda mucha iluminación y guía a los seguidores de Cristo. La frase «espíritu santo» o «espíritu» se menciona unas veinte veces solo en este capítulo. Las obras del espíritu santo, tal como se describen aquí, pueden dividirse en diez áreas.

1. Romanos 8:1,2 habla del espíritu santo como una «ley», una ley de vida. El cristiano debe tener el espíritu santo —una ley de vida— o la nueva criatura muere. Estos versículos dicen: «Por lo tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. ... Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte». Este pasaje no solo dice que el espíritu santo es una «ley» de vida, sino que también ha liberado a los seguidores asidos de Jesús de esa otra ley bajo la cual estaban anteriormente: la «ley del pecado y de la muerte».

2. El espíritu santo es una influencia por la cual uno camina y piensa. Romanos 8:4-6 lo pone de manifiesto: «Para que se cumpla en nosotros la justicia de la ley de Dios, que andamos no según la

carne, sino según el espíritu. Porque los que viven según la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que viven según el espíritu, en las cosas del espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte; pero el ocuparse del espíritu es vida y paz».

3. El engendramiento del espíritu santo encarna el pensamiento de «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Colosenses 1:27). Romanos 8:9, 10 aluden a esto, diciendo: «No vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que el espíritu de Dios mora en vosotros. Ahora bien, si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no es de él. Y si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu santo es vida a causa de la justicia». Este espíritu santo de Dios o, como Pablo se refiere a él adicionalmente, el «Espíritu de Cristo», debe estar «en» sus seguidores. Cristo no está literalmente en nosotros. Es su espíritu de engendramiento, su influencia, la que está en nuestro corazón y la que nos motiva. 1 Juan 2:27

4. La cuarta obra del espíritu santo se describe en Romanos 8:11, que dice: «Si el espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos mora en ustedes, el que resucitó a Cristo de entre los muertos también vivificará sus cuerpos mortales por su espíritu que mora en ustedes». El espíritu santo «vivifica»: da vida. Da a uno la oportunidad de servir a Dios, de comprender su Verdad, de ser un sacrificio aceptable, y finalmente dará la «corona de vida» a aquellos que sean fieles hasta la muerte. Revelación 2:10

5. La acción del espíritu santo sobre nuestras mentes nos ayuda a mortificar, o dar muerte, a las obras de nuestra carne caída. Romanos 8:13 dice:

«Si vivís según la carne, moriréis; pero si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis».

6. Otra obra del espíritu santo se menciona en Romanos 8:14: «Todos los que son guiados por el espíritu santo de Dios, estos son hijos de Dios». El espíritu santo guía y dirige al cristiano. Esto puede considerarse como el cuidado providencial de Dios sobre sus seguidores. Su espíritu santo lleva a cabo este cuidado al estar con sus seguidores en cada paso del camino estrecho. El autor del himno escribió: «Prefiero caminar en la oscuridad con Dios, que ir solo en la luz». El pueblo de Dios puede decir esto porque es el espíritu santo —su influencia y poder providenciales— el que guía y dirige sus vidas.

7. El engendramiento del espíritu santo es una garantía de filiación. Romanos 8:15 afirma: «No habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción [filiación], por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!». ¡Qué seguridad da el Espíritu a los seguidores de Cristo de que son hijos de Dios!

8. Romanos 8:16 dice: «El espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios». Esta es una afirmación de que nuestro espíritu, nuestro corazón, nuestros motivos, que han sido entregados al Señor en la consagración, están en la misma «longitud de onda», por así decirlo, con Dios; es decir, «dan testimonio» junto con el espíritu santo. Cuando estos dan testimonio juntos, es una declaración de que tenemos los mismos objetivos que Dios, a través del espíritu santo, propone en nosotros.

9. El espíritu santo no nos impide compartir las pruebas y los «gemidos» de la vida presente mientras estamos en la carne. Es cierto que el poder de Dios puede lograrlo todo, y tal vez podría usar a su espíritu santo para evitar que pasemos por las pruebas y los gemidos de la carne. Sin embargo, esto no es un e en nuestro mejor interés. Este aspecto del espíritu santo se muestra en Romanos 8:23: «Nosotros mismos, que tenemos los primeros frutos del espíritu, gemimos interiormente mientras esperamos ansiosamente nuestra adopción como hijos, la redención de nuestros cuerpos».

10. Romanos 8:26, 27 dice: «El espíritu también ayuda a nuestras debilidades; porque no sabemos qué debemos orar como conviene, pero el espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es la mente [griego: inclinación] del espíritu, porque [él] intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios». El espíritu santo, al dar testimonio a nuestro espíritu, nos ayuda en aquellos momentos en que tenemos dificultad para orar al Padre como desearíamos, o no sabemos qué debemos pedir. Como dice el versículo, el espíritu intercede «según la voluntad de Dios».

Llenos del Espíritu

El apóstol Pablo nos advierte que no «apagemos» al espíritu santo, es decir, que no renunciemos voluntariamente al poder vivificante de la nueva criatura (1 Tesalonicenses 5:19). Debemos estar en guardia incluso ante la obstinación parcial en este sentido. «No entristezcáis al espíritu santo de Dios», dice Pablo en Efesios 4:30. Más bien, esforcémonos por obtener la medida más completa posible de la

influencia y el poder de Dios: por «ser llenos del espíritu» (Efesios 5:18). Así, al ser fieles incluso «hasta la muerte», podremos apreciar verdaderamente el significado del Pentecostés y las bendiciones resultantes para los cristianos que han dedicado sus vidas a seguir los pasos de Jesús de sacrificio, sufrimiento y servicio al Padre Celestial.

Lección del 7 de junio

Débora y Barac

Versículos clave: «Y Débora, una profetisa, esposa de Lapidot, juzgaba a Israel en aquel tiempo. Y habitaba bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en el monte de Efraín; y los hijos de Israel subían a ella para ser juzgados». Jueces 4:4,5

***Pasajes seleccionados:
Jueces 4:1-24; 5:1-3***

Después de disfrutar de un período de paz y bendición de ochenta años, la persecución de los cananeos a manos del rey Jabín y su capitán Sísara cayó sobre Israel debido a su infidelidad. Sin embargo, en la providencia de Dios, una mujer piadosa fue elevada a una posición de liderazgo. Ella era Débora, una profetisa y jueza de Israel.

Se buscaba el consejo de Débora mientras ella se sentaba «debajo de la palmera», como se señala en nuestros versículos clave. Era una mujer de enorme sabiduría, integridad y valentía. Tras evaluar el deplorable estado de Israel, Débora buscó al guerrero Barac. Ella le dijo: «¿No ha mandado el Señor, Dios de Israel, diciendo: “Ve y reúnete en el monte Tabor, y lleva contigo a diez mil hombres de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulón”? Y yo atraeré hacia ti... a Sísara, el capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su multitud; y lo entregaré en tus manos». Jueces 4:6,7

Barak había oído este mensaje antes, pero no había hecho nada al respecto. Ahora, con el aliento de Débora, era hora de actuar. Barak aún dudaba, aunque la palabra del Señor debería haber sido suficiente para estimular su fe y envalentonar su liderazgo. Le dijo a Débora: «Si tú vas conmigo, entonces iré; pero si no vas conmigo, entonces no iré». (Jueces 4:8). La vacilación de Barac demostró una debilidad en su fe. Débora declaró que iría con Barac, pero que la victoria y el honor resultantes no serían totalmente suyos. Ella dijo: «Ciertamente iré contigo; sin embargo, el viaje que emprendas no será para tu honor, porque el Señor entregará a Sísara en manos de una mujer». Jueces 4:9

La batalla contra Sísara, su ejército y sus novecientos carros fue una derrota total. Dios los entregó en manos de Barac tal como lo había prometido. Sísara abandonó su carro e intentó escapar a pie. El Señor dispuso que otra valiente mujer de Israel lo estuviera esperando. Jael, la esposa de Heber, invitó a Sísara, ahora un fugitivo, a refugiarse en su tienda. Le dio leche para beber y luego lo cubrió. Jueces 4:13-19 Cansado de la batalla, Sísara cayó en un sueño profundo. Jael, decidida, tomó una estaca de la tienda en una mano y un martillo en la otra. Entró en la tienda donde dormía el enemigo y opresor de Israel y le clavó la estaca en la sien, hundiéndola en el suelo. (Jueces 4:21, 22). La victoria de Israel era ahora completa y, tal como había profetizado Débora, Sísara cayó «a manos de una mujer».

Débora y Barac nos enseñan grandes lecciones desde dos perspectivas diferentes. Cuando Dios nos da una orden, debemos apresurarnos a

obedecer. Débora fue una mujer fiel y firmemente decidida a cumplir la voluntad de Dios. Recibió una gran bendición, al convertirse en un ejemplo de fe en la Palabra de Dios. La experiencia de Barac nos enseña que Dios puede darnos la victoria, incluso cuando nuestra fe es débil. «Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesús». 1 Corintios 15:57

La oración de Ana fue respondida

Versículo clave: «Y cuando llegó el tiempo, después de que Ana había concebido, dio a luz un hijo y le puso por nombre Samuel, diciendo: “Porque se lo he pedido al Señor”». **1 Samuel 1:20**

Pasajes seleccionados:
1 Samuel 1:1-28; 2:1-11

Antes de que Israel tuviera reyes, había un hombre llamado Elcana que tenía dos esposas, Penina y Ana. Penina tenía hijos, mientras que Ana no tenía ninguno. Cada año, Elcana llevaba a su familia a Silo para adorar y ofrecer sacrificios al Señor, dando una porción del sacrificio a cada miembro de su familia. Elcana le daba una porción doble a Ana debido al gran amor que sentía por ella.

Sin embargo, Penina se burlaba de Ana porque no tenía hijos, y esta crueldad continuó año tras año, lo que hacía que Ana llorara y no comiera. Finalmente, un año, Ana oró en silencio a Dios e hizo un voto diciendo: «Oh Señor Todopoderoso, si tan solo miraras la miseria de tu sierva y te acordaras de mí, y no te olvidaras de tu sierva, sino que le dieras un hijo, entonces yo lo entregaré al Señor para todos los días de su vida, y nunca se pasará navaja por su cabeza». **1 Samuel 1:1-11**

Dios escuchó la oración de Ana. Al año siguiente tuvo un hijo y lo llamó Samuel. (1 Samuel 1:19, 20). El voto que había hecho a Dios, de no permitir que una navaja tocara la cabeza de su hijo, era el voto nazareo. Este era «un voto especial, un voto de separación para el Señor». Como parte de este voto, además de no cortarse el cabello, no se debía beber vino ni comer nada que proviniera de la vid. Quien hiciera este voto no debía tener contacto con ningún cadáver, incluidos los familiares directos. (Números 6:1-21). Durante todo el tiempo que una persona se sometía al voto nazareo, esa persona era «santa para el Señor». Números 6:8

El nombre Ana significa «favor» o «gracia». A los seguidores del Señor se les dice: «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». (Efesios 2:8,9). Ana vivió una vida de oración. Oraba cuando estaba angustiada. También oraba cuando estaba agradecida, como cuando presentó a su hijo Samuel al sumo sacerdote Elí. 1 Samuel 2:1-11

La exhortación de Pablo es: «No se inquieten por nada, sino que en todo, mediante la oración y la súplica, con acción de gracias, presenten sus peticiones a Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará sus corazones y sus mentes en Cristo Jesús». (Filipenses 4:6,7). Debemos poner toda nuestra esperanza y confianza en Dios, tener el espíritu de alegría y orar continuamente, pidiendo en armonía con sus promesas. Así, tendremos la paz de Dios y podremos «dar gracias en toda c », sea cual sea lo

que su providencia permita. 1 Tesalonicenses 5:16-18

Ana hizo un gran sacrificio a Dios. Dedicó a su hijo Samuel a vivir el voto nazareo de completa dedicación al Señor todos los días de su vida. Hoy en día, los seguidores consagrados de Cristo también han hecho un voto de por vida de consagración total a Dios, incluyendo la separación de las «cosas muertas» de este mundo malo y actual. Estos, en cambio, «se revisten de Cristo», desarrollando los frutos y las gracias del espíritu santo. Gálatas 3:27; Efesios 4:24; Colosenses 3:10-17

Lección para el 21 de junio

Jonatán y David: amigos fieles

Versículo clave: «Y Jonatán dijo a David: Ve en paz, pues ambos hemos jurado en el nombre del Señor, diciendo: El Señor sea entre mí y ti, y entre mi descendencia y tu descendencia para siempre. Y él se levantó y se fue; y Jonatán entró en la ciudad».
1 Samuel 20:42

Pasajes bíblicos seleccionados:
1 Samuel 18:1-9; 19:1-7; 20:1-42

Después de haber sido gobernado durante varios siglos por jueces, Israel deseaba un rey para poder ser como todas las demás naciones que lo rodeaban. Dios le había dicho a Moisés que este día llegaría y estableció los requisitos para tal rey. (Deuteronomio 17:14-20). Samuel fue una figura clave en la institución de un reino bajo Saúl. Fue Samuel quien más tarde le dijo a Saúl que su reino le sería quitado debido a su desobediencia a Dios, y que sería sucedido por un hombre conforme al corazón de Dios (1 Samuel 13:13, 14). También fue Samuel quien ungió a David, cuando Dios le ordenó: «Levántate, úngelo, porque este es el elegido» (1 Samuel 16:12, 13).

Como resultado de esta unción, el espíritu del Señor descendió con fuerza sobre David, al tiempo que se apartaba de Saúl. Al percibir el estado de melancolía

del rey, sus siervos mandaron llamar a David para que tocara su lira y brindara alivio musical al líder afligido. Saúl llegó a valorar el servicio de David y lo nombró su escudero. 1 Samuel 16:14-23

Un resultado significativo de estos acontecimientos fue la reacción del hijo de Saúl, Jonatán, ante el gran servicio que David prestaba a su padre y a la nación de Israel. «Jonatán se unió al alma de David, y Jonatán lo amó como a su propia alma. ... Entonces Jonatán y David hicieron el pacto, porque lo amaba como a su propia alma». (1 Samuel 18:1, 3). Así, vemos cómo se forja una amistad basada en el amor mutuo por el servicio a Dios, tal como se muestra también en las palabras de nuestro versículo clave.

Esta amistad pronto se pondría a prueba. Después de que David derrotara al ejército filisteo, el pueblo proclamó: «Saúl ha matado a sus miles, y David a sus diez mil». (1 Samuel 18:7) Saúl se enfureció y pensó en conspirar contra David. Sin embargo, a medida que David ganaba batalla tras batalla contra los enemigos de Israel, Saúl decidió recurrir a una forma más directa de eliminarlo. Ordenó a su hijo Jonatán y a sus siervos que mataran a David. 1 Samuel 19:1

Jonatán amaba a su padre y, como el mayor de cuatro hijos, estaba destinado a ser el próximo rey de Israel. Sin embargo, su mayor lealtad era hacia el Dios de Israel. Tal como se registra en 1 Samuel 19:4, Jonatán le dijo a Saúl que estaba cometiendo un gran pecado al conspirar contra la vida de un hombre que había prestado servicios inestimables a su país y cuya lealtad había sido siempre constante y devota. Las palabras de Jonatán produjeron un efecto positivo en la mente impulsiva de su padre.

Saúl se comprometió mediante un juramento a renunciar a su propósito hostil (1 Samuel 19:6, 7). Así, gracias a la intervención de Jonatán, se logró una reconciliación temporal , y David volvió al servicio del rey y del pueblo de Israel.

En las experiencias anteriores encontramos una lección invaluable para sentar las bases del amor hacia nuestros hermanos. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos». Juan 15:13

Lección del 28 de junio

Amós, un profeta valiente

Versículo clave: «Y el Señor me tomó mientras pastoreaba el rebaño, y el Señor me dijo: Ve, profetiza a mi pueblo Israel».
Amós 7:15

Pasajes seleccionados:
Amós 1:1; 2:6-16; 3:1-15; 7:10-17; 9:11-15

Amós era natural de Tecoá, que se encontraba a unos diez kilómetros al sur de Belén. Sin embargo, es evidente que viajó hacia el norte, al territorio del reino de las diez tribus, y allí llevó a cabo la mayor parte de su ministerio. Amós predijo las terribles calamidades que vendrían sobre Israel a causa de su pecado, y sufrió persecución por su fidelidad. Amós 2:6-16; 7:10-17

Por medio de Amós, el Señor le dijo a Israel: «Solo a ustedes he conocido de todas las familias de la tierra; por lo tanto, los castigaré por todas sus iniquidades». Entonces se plantea la pregunta: «¿Pueden dos caminar juntos, a menos que se hayan puesto de acuerdo para hacerlo?» (Amós 3:2, 3). Aquí el punto es que, dado que el Señor había hecho de Israel su pueblo en exclusiva, esperaba de ellos una lealtad inquebrantable. Si no lo adoraban y servían de esta manera, serían castigados severamente.

En los versículos 11-15 del noveno y último capítulo de Amós, Dios, a través del profeta, predice la restauración de Israel y la reconstrucción del «Tabernáculo de David que ha caído». En Hechos 15:13-18, el apóstol Santiago cita esta profecía, a la que añade: «Conocidas son ante Dios todas sus obras desde el principio del mundo». Dios tiene un tiempo determinado para cada aspecto de su plan. Toda la creación está a su cargo, y todos sus propósitos para Israel y todas las naciones se cumplirán. Isaías 55:11

El pueblo del Señor hoy, al igual que Amós, no debe dejarse intimidar hasta el silencio, sino que debe hablar la verdad en amor, especialmente la esperanza del reino de justicia y paz. La conclusión de la profecía de Amós, así como la referencia de Santiago a ella, tendrá su completo cumplimiento con el establecimiento del reino de Dios, bajo el reinado de Cristo, cuando al «resto de los hombres» se les dará la oportunidad de invocar al Señor y ser bendecidos. Hechos 15:16, 17

En cuanto a este tiempo prometido que pronto llegará, leemos estas palabras: «Ya no enseñarán más a su prójimo, ni se dirán unos a otros: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande. Porque perdonaré su maldad y no me acordaré más de sus pecados». (Hebreos 8:11, 12). Estas promesas se extenderán primero a Israel y luego fluirán a todas las naciones. Toda la humanidad contará con la ayuda de Cristo y de su iglesia glorificada, juntos, el «sacerdocio real». (1 Pedro 2:9). En ese momento, también, «la tierra se llenará del conocimiento del Señor». Tenemos asimismo la seguridad de que el

conocimiento de Dios será tan claro que «los viajeros, aunque sean necios, no se extraviarán en ella». Isaías 11:9; 35:8

¡Qué perspectiva tan gloriosa se nos presenta, por la cual debemos estar siempre agradecidos, y que fue posible gracias a que el Padre Celestial entregó a su amado Hijo! (Juan 3:16; Romanos 6:23). Piensa por un momento en cómo será nuestro mundo sin más pecado, asesinatos, odio o «guerras y rumores de guerras». (Mateo 24:6-7). Amós necesitó valor para hablar sobre la falta de fidelidad de Israel. Sin embargo, también tenía alegría, de eso podemos estar seguros, por la esperanza futura tanto de Israel como de toda la humanidad.

La promesa confirmada

«Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él, diciendo: En cuanto a mí, he aquí, el pacto es contigo, y serás padre de muchas naciones. Ya no te llamarás Abram, sino que tu nombre será Abraham, porque te he hecho padre de muchas naciones».
Génesis 17:3-5

El relato del Libro del Génesis es de gran importancia para el estudioso sincero de la Biblia. En sus páginas se establecen las bases del plan de Dios para la salvación del hombre y la bendición final de todas las familias de la tierra. Por lo tanto, hacemos bien en examinar de cerca su relato y su armonía con todo el relato bíblico que se encuentra en la Biblia. Para nuestra consideración actual, nos centraremos en los capítulos dieciséis, diecisiete y dieciocho del Génesis.

En estos tres capítulos, al estudiar el trato de Dios con Abram, más tarde llamado Abraham, es importante tener presente la promesa divina relativa a una «descendencia». Abram iba a tener un descendiente, una descendencia, que ocuparía un lugar importante en el plan de Dios. Cuando se le hizo por primera vez esta promesa al patriarca, su esposa Sarai, más tarde llamada Sara, no tenía hijos. Sin embargo, ambos creyeron en la promesa de Dios y esperaron pacientemente a que naciera un hijo. No obstante, no llegó ningún hijo. Génesis 16:1

Fue una larga espera. Para empezar, pasó el tiempo que transcurrió desde que se hizo la promesa hasta la muerte de Terah, el padre de Abram, justo antes de que entraran en la tierra de Canaán. Ahora habían pasado otros diez años, y aún no había llegado ningún hijo. Sarai, además de ser estéril, ya tenía una edad avanzada, y su fe en que se convertiría en la madre de la simiente prometida comenzó a desvanecerse. Al parecer, ella aún creía en el plan de Dios con respecto a una simiente, pero comenzó a preguntarse si era su voluntad que ella fuera la madre.

Meditando en este sentido, y deseando cooperar con el Señor, si era posible, le sugirió a Abram que Agar, su sierva, le sirviera de madre para tener un hijo. Según los estándares cristianos de hoy, esto podría considerarse un procedimiento poco ético, pero aparentemente no se consideraba impropio en aquella época. En cualquier caso, ni Sarai ni Abram fueron reprendidos por ello por el Señor, aunque él no reconoció al hijo de esta unión como la simiente prometida. Génesis 16:2, 3

Sin embargo, desde un punto de vista natural, la sugerencia de Sarai no resultó ser una solución satisfactoria al asunto. De manera bastante inesperada para Sarai, tan pronto como Agar supo que daría a luz un hijo, comenzó a despreciar a su señora. En aquellos días, la capacidad de tener hijos se valoraba mucho, y evidentemente Agar comenzó a sentir que era bastante superior a Sarai, y actuó en consecuencia. Génesis 16:4

Sarai informó de la situación a Abram, exclamando: «Mi culpa caiga sobre ti», tratando así de culpar a Abram por este giro de los acontecimientos.

(Génesis 16:5). Es muy posible que Sarai esperara al principio que, en caso de que Agar tuviera un hijo, ella se convirtiera de alguna manera en su madre adoptiva, y que Agar se hiciera a un lado, sin reclamar los derechos de la maternidad. Ahora, sin embargo, Sarai se dio cuenta, por la actitud de Agar, de que no había esperanza de llegar a un acuerdo de este tipo, por lo que comprendió que había sido imprudente sugerir este método para obtener descendencia para Abram.

Abram también se dio cuenta de que las cosas no estaban saliendo como esperaban, por lo que, por lealtad a Sarai, le permitió que tratara a Agar como mejor le pareciera. Según Génesis 16:6, Sarai trató con dureza a Agar, probablemente aumentando sus obligaciones y tareas. Algunos estudiosos de la historia afirman que, según las leyes vigentes en aquella época, habría sido ilegal vender a Agar y así quitarla de en medio. Quizás esa fue la razón por la que se le aumentaron las cargas, con la esperanza de que abandonara la casa y huyera, que es exactamente lo que hizo.

Dios interviene

En ese momento, el Señor intervino en el asunto. Su ángel, o mensajero, encontró a Agar «junto al pozo en el camino a Shur». Shur era el nombre de la gran muralla fortificada que separaba Egipto de Canaán. Evidentemente, Agar se esforzaba por regresar con su pueblo en Egipto; pero el Señor intervino y, por medio de su ángel, le ordenó que regresara y se sometiera a su señora. Génesis 16:7-9

Entonces el ángel pronunció una notable profecía. «El ángel del Señor le dijo: “Multiplicaré tu

descendencia en gran manera, de tal manera que no podrá ser contada por su multitud. ... He aquí, estás embarazada y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Ismael, porque el Señor ha oído tu aflicción”». (Génesis 16:10, 11) Los historiadores parecen estar bastante de acuerdo en que una gran parte de la población de los países árabes de Oriente Medio son descendientes de Ismael.

Agar quedó muy impresionada por la visita del ángel del Señor. El pozo donde el ángel la encontró se llamaba Beer-lahai-roí, que en hebreo significa «Pozo del Viviente que me ve». Agar pareció darse cuenta de que el Señor la había estado cuidando y que, aunque había huido de Abram y Sarai, no había podido escapar del Dios de Abram. Regresó con su señora y, a su debido tiempo, nació Ismael. Génesis 16:13-16

También hubo una lección en esta experiencia para Sarai, y de hecho para todos los que se esfuerzan por servir al Señor. Es la lección de que no se logra nada al intentar huir de nuestras pruebas, o al tratar de alejarlas de nosotros. La falta de fe de Sarai había traído una dura prueba a su vida, y pensó en deshacerse de ella obligando a Agar a huir. Sin embargo, el Señor le devolvió la experiencia. Probablemente la experiencia también suavizó la actitud de Agar. En cualquier caso, el relato bíblico indica que las dos mujeres vivieron juntas después de esto durante 15-17 años.

El pacto de Dios reafirmado

Habían pasado ya trece años, y en Génesis 17:1 leemos: «Cuando Abram tenía noventa y nueve años, el Señor se le apareció y le dijo: “Yo soy el

Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto”». La declaración de Dios de que Abram debía ser «perfecto» se leería más correctamente como «completo o recto». Abram era miembro de la raza caída y moribunda, y la perfección de conducta era algo que estaba más allá de su capacidad. Sin embargo, podía ser recto ante el Señor. Esto es posible para todo el pueblo de Dios, y nada menos que esto es aceptable para el Señor.

En Génesis 17:2-8, Dios reiteró a Abram el pacto que había hecho anteriormente y amplió algunas de sus características. En consonancia con la importancia de los significados asociados a los nombres en relación con el desarrollo del designio divino, el Señor cambió el nombre de Abram, que significa «padre exaltado», por el de Abraham, que significa «padre de una multitud». La declaración original del pacto aseguraba bendiciones a todas las naciones a través de la simiente prometida, pero en estos versículos el Señor amplía ese pensamiento al prometer que Abraham sería «padre de muchas naciones» que, por lo tanto, serían bendecidas. El término padre significa dador de vida, y esta fue la manera en que Dios explicó que la bendición que las naciones recibirían a través de la simiente de Abraham sería la de la vida.

El apóstol Pablo cita esta promesa e indica que todos los que ejercen «la fe de Abraham» en las promesas que Dios le hizo, por lo tanto, califican para ser su «descendencia» (Romanos 4:16-18). Parte de esta descendencia será terrenal y parte celestial, pero la verdad importante que Pablo destaca es que no es necesario ser descendiente

natural de Abraham para formar parte de su descendencia.

«De ti saldrán reyes», prometió Dios a Abraham (Génesis 17:6). Siglos más tarde, los reyes de la nación de Israel procedieron del linaje de Abraham. Sin embargo, el cumplimiento principal de esta promesa está relacionado con la descendencia espiritual de Abraham: Jesús, la Cabeza, y la iglesia, su cuerpo (; Gálatas 3:16, 27-29; Colosenses 1:18). Jesús será el Rey de reyes, y su iglesia reinará con él como reyes durante mil años. Revelación 5:10; 20:6

Génesis 17:8 afirma que, aunque Abraham vivía en Canaán en ese momento, era un «extranjero» o forastero en la tierra. Abraham murió sin poseer la tierra que Dios le prometió; tampoco Isaac ni Jacob la poseyeron. (Hebreos 11:8-10, 13). Sin embargo, la descendencia terrenal de Abraham poseerá la tierra cuando sean restaurados a la vida en la resurrección. Es muy importante tener presente la perspectiva eterna de Dios en nuestro estudio de su Palabra, para no caer en la confusión y el error en nuestros esfuerzos por determinar cómo se cumplen algunas de sus promesas.

La circuncisión: una señal del pacto de Dios

En Génesis 17:10-14, las instrucciones de Dios a Abraham con respecto a la circuncisión fueron dadas como una «señal del pacto» entre ellos. Pablo habla de la circuncisión como una «señal» de la fe que Abraham ya había ejercido hacia Dios y sus promesas, y para todos aquellos que caminan en los mismos pasos de fe. Romanos 4:11, 12

En el Nuevo Testamento, la circuncisión se utiliza para simbolizar la sinceridad de corazón y la pureza de propósito. Se trata, en esencia, del mismo concepto que se encuentra en la declaración del Señor a Abraham de que debía ser «justo». Si bien a la descendencia espiritual de Abraham no se le exige que practique el rito literal de la circuncisión, se le exhorta a circuncidar sus corazones y a despojarse de todas las impurezas de la carne. Pablo escribió: «La circuncisión es la del corazón, en el espíritu, y e , no en la letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios». «Habéis sido circuncidados con la circuncisión no hecha por manos humanas, al despojaros del cuerpo de los pecados de la carne mediante la circuncisión de Cristo». Romanos 2:29; Colosenses 2:11

Es apropiado que el símbolo del pacto de Abraham, que lo abarca todo, sea la circuncisión. Cuando tomamos en consideración la explicación del Nuevo Testamento sobre lo que significa la circuncisión, significa que nadie recibirá las bendiciones prometidas bajo el pacto de Abraham, excepto sobre la base de la pureza de corazón y de motivos ante el Señor, y una fe inquebrantable en sus promesas y en la justicia de sus leyes.

El cambio de nombre de Sarai

Volviendo a Génesis 17, en los versículos 15 y 16 el Señor le revela a Abraham que el nombre de Sarai debía cambiarse a Sara, lo que significa «dama noble», ya que ella sería la madre de reyes. El apóstol Pablo explica la forma en que el Señor considera a Sara como la madre de reyes, afirmando que es porque ella simboliza el pacto mediante el cual se desarrolla la descendencia

espiritual de Abraham. Así, Sara es la madre de los mismos reyes de los cuales Abraham es el padre simbólico. Estos son los reyes que Pablo dice que son «los hijos de la promesa», quienes han de reinar durante mil años para bendición de todas las familias de la tierra. Gálatas 4:22-31

Isaac prometido

Abraham tenía una gran fe en las promesas de Dios, pero no era una fe perfecta. A veces vacilaba, y uno de esos momentos está registrado en Génesis 17:17, 18. A pesar de la esterilidad de Sara, Abraham tuvo fe para creer, cuando Dios le hizo la promesa por primera vez, que ella le daría un hijo, porque entonces ella era mucho más joven. Ahora, sin embargo, además de su esterilidad, tenía noventa años. Cuando el Señor le dijo esta vez que Sara daría a luz un hijo, Abraham «se postró sobre su rostro y se rió».

En su corazón, según indica el pasaje, Abraham dudaba de que tal cosa pudiera suceder, y levantándose del suelo, suplicó ante el Señor: «¡Ojalá Ismael viva delante de ti!», para ser la simiente de la promesa; este parece ser el pensamiento de esta petición. Dios le aseguró a Abraham que Ismael viviría y se convertiría en padre de una gran nación; pero en lo que respecta a la simiente prometida, Sara iba a tener un hijo, su nombre sería Isaac, y él sería el heredero del pacto de la promesa. Génesis 17:18-21

Isaac iba a nacer «en este tiempo fijado del año que viene», dice el versículo 21. Aquí había una profecía temporal de considerable importancia para Abraham. Había esperado muchos largos años a

que Dios cumpliera su promesa de una descendencia, pero durante todo ese tiempo no se le había dado ninguna indicación, hasta ahora, de cuánto tiempo tendría que continuar esa espera. De igual manera, Dios ha puesto a prueba la fe de la mayoría de su pueblo a lo largo de esta misma espera. Los discípulos le preguntaron a Jesús después de la resurrección: «¿Es en este tiempo cuando vas a restaurar el reino a Israel?» Jesús respondió: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o las estaciones que el Padre ha puesto bajo su propio poder». Hechos 1:6,7

A menudo, cuando se acerca el momento en que deben ocurrir los acontecimientos esperados, el Señor revela el secreto a sus siervos. Noé trabajó durante largos años en la construcción del arca, probablemente sin una idea definida de cuándo vendría el diluvio, pero finalmente el Señor dijo: «Dentro de siete días haré llover sobre la tierra». (Génesis 7:4). Así que ahora, con Abraham, el Señor dijo: «En este tiempo señalado del año que viene». En vista de lo que Abraham pensaba en su corazón acerca de la improbabilidad de que Sara le diera un hijo, tal vez el Señor le dio esta información concreta como un medio para fortalecer su fe.

En los versículos finales del capítulo 17 de Génesis, se registra que Abraham se apresuró a obedecer las instrucciones del Señor con respecto a la circuncisión, la «señal del pacto». «En aquel mismo día», dice el relato, procedió a circuncidar a todos los varones de su casa, incluyéndose a sí mismo y a su hijo Ismael. (Génesis 17:23-27). Hay mucha evidencia en las Escrituras de que el Señor aprecia la obediencia inmediata. En el caso de Abraham, su

prontitud indicaría también que su fe en la promesa de Dios con respecto a Sara había sido restaurada y que deseaba cumplir cada detalle relacionado con su parte en el pacto.

Dios se le aparece a Abraham

Mamre era un amorreo que se había unido anteriormente a Abraham cuando este rescató a su sobrino Lot (Génesis 14:13). En Génesis 18:1, la expresión «llanuras de Mamre» evidentemente se refiere a las llanuras que pertenecían a Mamre, ya que Abraham era simplemente un forastero en la tierra. Sin embargo, al parecer, mantenía relaciones amistosas con muchos cananeos, como Mamre y otros.

«El Señor se le apareció» a Abraham, dice el texto, pero más adelante resulta que esta aparición es la visita de «tres hombres» que actuaban como mensajeros del Señor. (Génesis 18:2). Esta forma de expresarse se emplea con bastante frecuencia en la Biblia cuando habla de las relaciones del Señor con los seres humanos. Ningún ser humano podría ver a Dios y seguir con vida. (Éxodo 33:20). Sin embargo, cuando envía a sus mensajeros, espera que aquellos a quienes visitan los traten con dignidad y consideren el mensaje que entregan.

Estos «tres hombres» que visitaron a Abraham eran ángeles —es decir, seres del espíritu— que se habían materializado para poder conversar libremente con el patriarca. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo se refiere a ellos como tales y, por implicación, cita la hospitalidad de Abraham como un ejemplo digno de imitar. «No dejéis de practicar la hospitalidad, pues por ella

algunos, sin saberlo, han hospedado a ángeles». Hebreos 13:2

La hospitalidad de Abraham

Es necesario ponernos en el lugar de Abraham para comprender su gran deseo de hacer que sus visitantes inesperados se sintieran como en casa. No es que viviera en una concurrida calle de la ciudad por donde pasaran miles de personas cada día. Por el contrario, vivía en las «llanuras», y en una tienda de campaña. Es muy posible que pasaran días enteros sin que ni un solo forastero pasara por su tienda. Aquí había tres de ellos, y todo indicaba que eran hombres de considerable importancia.

A los ojos de Abraham, este iba a ser un acontecimiento especial, y deseaba sacarle el máximo provecho. El propio Abraham era un hombre importante en esa parte del mundo y estaba acostumbrado a dar instrucciones cuando quería que se hicieran las cosas. Le dio instrucciones e es a Sara para que ayudara a preparar una comida para estos visitantes excepcionales. Lo mismo ocurre con respecto al joven al que ordenó que despiezara un ternero y lo preparara para la comida. Génesis 18:6,7

Abraham mostró cierto entusiasmo por la visita de los tres hombres, pues el relato dice que «corrió al rebaño» y seleccionó personalmente un ternero que sabía que sería tierno para comer. Las visitas del Señor a través de sus mensajeros acreditados no eran algo nuevo para Abraham. Si bien el apóstol Pablo explica que «sin saberlo, hospedó a ángeles», es muy posible que él percibiera a estos tres hombres como algo más de lo que ellos revelaban.

En cualquier caso, demostró ser un anfitrión amable y cortés, y Sara parece haber cooperado de buena gana con él.

El mensaje a Sara

Abraham permaneció de pie mientras sus invitados comían, asumiendo así el papel de un sirviente (Génesis 18:8). Mientras comían, los tres hombres preguntaron por el paradero de Sara. Aunque Sara había ayudado a preparar la comida, hasta ese momento evidentemente se había mantenido fuera de la vista. Entonces el portavoz de estos visitantes le dijo a Abraham: «Sin duda volveré a ti por estas fechas el año que viene, y Sara, tu esposa, tendrá un hijo». Génesis 18:10

Evidentemente, la tienda no estaba lejos de donde los hombres estaban comiendo, pues Sara oyó este anuncio y «se rió para sus adentros», o, como diríamos, «se rió en su interior». Sin embargo, el ángel sabía que ella se había reído, y cuando él lo mencionó más tarde, Sara lo negó, pero el ángel dijo: «No; pero sí te reíste». Génesis 18:12-15

«¿Acaso hay algo demasiado difícil para el Señor?» Esta es la lección práctica que nos ofrece este relato. Esto es de gran importancia con respecto a la realización del plan de Dios. Quizás una de las razones por las que el Señor permitió que Abraham y Sara envejecieran tanto antes de que naciera Isaac fue precisamente con el propósito de demostrar que era Él, y no ellos, quien era responsable del cumplimiento de todas sus promesas.

El cristianismo actual, y durante siglos, ha imaginado erróneamente que el éxito de los

propósitos de Dios en la tierra depende de los esfuerzos del hombre. Todos deberíamos alegrarnos de que no sea así, y de que su plan de bendecir a todas las familias de la tierra a través de la descendencia de Abraham se cumplirá con certeza. Es seguro, a pesar de todas las circunstancias que parecen indicar lo contrario. Es una «esperanza que tenemos como ancla del alma, segura y firme». Hebreos 6:19

Dios pone a prueba a Abraham

El Señor confía a sus siervos asuntos que les conciernen a ellos y a aquellos en quienes tienen un interés particular. En términos generales, el pueblo de Dios, iluminado por la verdad, debería interesarse por toda la humanidad. Deberían tener el espíritu de Abraham y manifestar entusiasmo por el plan de Dios: el plan según el cual, a través de la descendencia de Abraham, todas las familias de la tierra serán bendecidas.

El Señor había decidido destruir Sodoma debido a la gran maldad de la ciudad. Sin embargo, aprovechó la ocasión para poner a prueba el interés de Abraham por la gente de la ciudad, y particularmente su preocupación por sus propios parientes: Lot y su familia, que moraban allí. «¿Debo ocultar mi plan a Abraham?», preguntó el Señor. «Porque Abraham ciertamente se convertirá en una nación grande y poderosa, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas a través de él». Génesis 18:17, 18

En este pasaje se nos ofrece un ejemplo interesante de cómo Dios tiene en cuenta las limitaciones mentales de sus siervos para que puedan

comprender su punto de vista. Parafraseando lo que Dios le dijo a Abraham, esto implica que había oído un informe de que la gente de Sodoma y Gomorra era muy malvada, por lo que había bajado a investigar. Si eran tan malvados como indicaba el informe, seguramente los destruiría. En realidad, por supuesto, el Creador del universo y Dios del cielo y de la tierra no necesitaba visitar la tierra personalmente para obtener la información que necesitaba. Esta era simplemente su manera de hablar al nivel de comprensión de Abraham.

Abraham intercede

Evidentemente, Abraham percibió que el Señor tenía en mente la posible destrucción de Sodoma y Gomorra. Le suplicó fervientemente al Señor que salvara la ciudad, especialmente si se demostraba que había algunas almas justas allí. Al principio, Abraham preguntó si la ciudad sería perdonada si se encontraban cincuenta almas justas. Cuando continuó reduciendo el número, es posible que tuviera en mente a Lot y a su familia. Génesis 18:23-32

El Señor demostró tanto su paciencia con Abraham como su disposición a mostrar misericordia al acceder a su súplica, incluso mientras él seguía reduciendo el número. Al final, ni siquiera había los diez justos requeridos, por lo que las ciudades fueron destruidas. Génesis 19:24, 25

Esto plantea un punto importante en vista de la promesa de Dios de bendecir a todas las naciones de la tierra. Jesús indica que no se hizo ningún esfuerzo para lograr el arrepentimiento de Sodoma y Gomorra. Si lo hubiera habido, explicó Jesús,

habrían permanecido y no habrían sido destruidas. (Mateo 11:23, 24). Sin embargo, lo más importante es que Jesús también explicó que, en el período del día del juicio del reino, se les dará la oportunidad de arrepentirse, cambiar sus caminos y obtener vida. Así, vemos un claro ejemplo del hecho de que, junto con el resto del mundo, serán recordados, en armonía con la promesa hecha a Abraham de que a través de su simiente serían benditas todas las familias de la tierra. ¡Cuánto anhelamos el pronto cumplimiento de esta y de todas las promesas de Dios para su creación humana!